



CAPÍTULO VI

DEL REGALO QUE SIENTE EL ALMA CON LA PRESENCIA DE DIOS, Y DE DOS MANERAS DE GUSTOS: UNO PURO Y OTRO MEZCLADO.

UNA de las cosas de mayor admiración que hay en la vida espiritual es ver que esté Dios en un alma por gracia y que la ame y quiera ternísimamente, y se le esconda algunas veces de manera que la hace pensar que es su enemigo y que la tiene desamparada; otras la llena de tanto consuelo y la rodea de tanta luz, que juzga ser Cielo la Tierra.

Y porque éste es un enigma de los más ingeniosos del saber y poder de Dios, me pareció, con el favor suyo, tratar muy en particular de él en este capítulo. Para cuya mayor inteligencia se debe notar que hay dos maneras de gustos: uno puro, suavísimo y transformativo, y que frisa con el que gozan los beatos en el Cielo; otro mezclado y penoso, con seguridad de conciencia y dolor de ausencia. Del primero goza el ánima en la presencia del Amado, al cual acompaña una grande seguridad y un olvido y descuido de

todas las cosas. Éste tuvo la Madre de Dios desde que le concibió en sus entrañas hasta que en el templo le perdió de vista. El mismo sintió San Pedro cuando, estando en el monte Tabor, y viendo al Señor transfigurado, dijo (1): *Bueno es que nos estemos aquí.* También la esposa en los *Cantares* nos dió á entender esta suavidad y gusto del Cielo, cuando dijo (2): *Derretióse mi ánima luego que la habló el Querido.* En el hebreo dice: *Mi ánima se salió de mí.* Mayor fuerza dice de amor y gusto *salirse* el ánima y desamparar el cuerpo, que no *derretirse*. Y así, más alto grado de amor es el segundo que el primero.

San Dionisio, tratando del amor de lo serafines, buscó primero la etimología del nombre, que en la lengua hebrea, es lo mismo que *incensores, sive calescentes*, y sacó que tienen cinco propiedades, tan dificultosas de entender, cuanto admirables después de entendidas. El nombre serafín, que es nombre de fuego, declara la movilidad é infinibilidad, color, agudeza y fervor de ellos (3). Como si dijera más claro: los serafines no están ociosos; son como fuego que siem-

(1) Matt., 17.

(2) Anima mea liquefacta est, ut dilectus loquutus est.—*Cant.*, 5.

(3) Eorum in divinis perennem mobilitatem, perpetuitatem, calorem, et accumen singularemque fervorem continuatæ et quæ interrumpi non potest, motionis, *seraphin* nomen exprimit ac docet.—Dion. Lib. de coelesti. Hierar., cap. 7.

pre quema, si halla qué; y si la materia durase en infinito, en infinito se extendería su acción; así, estos espíritus y los que en la tierra los imitan, siempre aman, sin fin aman, con calor aman, penetrando aman, y amando salen de sí, y se transforman. ¿Qué cosa es (dice Hugo) aquel moverse sin interpolación y con perpetuidad? Aquel cálido agudo y más que fervoroso de los serafines, si decimos que es el amor, parecerá á los que saben poco de él que decimos poco, y al fin nadie sabe lo que es amor sino el que conoce y sabe quién es Dios, que es amor. Hay, pues, en el amor movimiento, porque es vida. Que, como dice San Juan (1): *El que no ama, muerto está*. Hay *incesabilidad*, porque es perpetua y, como dice San Pablo, *nunca se acaba la caridad* (2). Hay *cálido*, porque es fuego, y no hay amor donde no hay calor. Los discípulos que iban á Emaus dieron testimonio de esta propiedad cuando, ido Cristo de con ellos, dijeron (3): «¿Por ventura nuestro corazón no ardía y tomaba calor cuando con nosotros platicaba nuestro Maestro en el camino?» Hay *agudo*, porque penetra cuanto le es posible la profundidad y totalidad de la cosa amada, todo por unirse con ella y estar en ella. Síguese el *superfervidum*, que es el más alto grado de todos, el cual se

(1) I Joan., 4.

(2) I Cor., 13.

(3) Luc., 24.

llama así porque, no sólo hierven los serafines, sino que hirviendo salen de sí. Con lumbre mansa hierva un puchero de agua; mas si el fuego es mucho y recio, no sólo hierva, sino que, cocinando á borbollones, se sale el agua afuera y le desampara. En el primer grado se buscan razones para amar; por ello se llama *movible*, esto es, inquieto, que nunca para, ni está ocioso, *inquietum est cor nostrum donec revertamur ad te*, decía San Agustín: no hay amor donde hay ociosidad, ni es perfecto si hay interrupción, ó declinación, ó pausa. El segundo grado dice más que el primero, porque á la interrupción y continuación añade perseverancia y perpetuidad. No tiene fin ni término el amor que merece este nombre; no puede acabarse, porque la materia con que se ceba es infinita. En el tercer grado hay dilatación; porque, así como con el frío se endurecen y hielan y aprietan las cosas, así con el calor se desatan y se deshielan y derrieten. De lo primero es lindo ejemplo el del Profeta, que, puesto en grave aflicción y desamparo, decía (1): «Estoy como el odre puesto en la escarcha, que se encoge y se endurece y arruga». A lo segundo, hace lo que la esposa dijo conforme á nuestra Vulgata (2): «Hablóme mi Querido, y calentóme y derritióme y dilatóme».

(1) Factus sum sicut uter in proina.—Ps. 118.

(2) Anima mea liquefacta est, ut dilectus loquutus est.—Cant., 3.

Derrítase y dilátase una alma con la presencia de su Dios, como la cera en la presencia del sol ó del fuego, como se puede ver en Magdalena á los pies de Cristo, que toda estaba derretida y deshecha en amorosas lágrimas y deseos. En un salmo se escribió (1): «Los montes se derretieron y corrieron como cera en el acatamiento del Señor, y toda la tierra se desheló y quedó líquida». Orígenes, explicando las palabras sobredichas del Esposo, en que el ánima confiesa que oyéndole hablar se derretió, dice: «A lo que á mí me parece, derretirse el alma, efecto dichosísimo es de la divina consolación; y entonces se derrite cuando, mediante esta devoción, se amollenta y ablanda, para que el Querido suavemente se recueste en ella; de manera que ninguna cosa halla dura y que pueda hacer resistencia á sus consejos». Derrítase cuando con amor se derrama, de suerte que el Querido tenga plenario dominio en ella hasta tanto que todo el movimiento, toda la virtud, todo el ímpetu de la misma ánima se determine en él. San Buenaventura dice que esta liquefacción no es otra cosa que una blandura que, despedida la dureza del pecado, queda en el alma, por la cual es hecha flexible y voluntaria para amar á Dios, y blanda para recibir las impresiones de la divina virtud: para que como un licor se mezcla con otro, y de esta mezcla re-

(1) Ps. 96.

sulta unidad, así con el espíritu de Dios, que influye en el espíritu del hombre, el ánima se haga un espíritu.

Mas adviértase que no hablamos aquí de aquella unión, que es por identidad de real existencia, de que habló Cristo por San Juan, diciendo: «Mi Padre y Yo una cosa, una substancia y una esencia somos», porque la criatura no puede ser hecha Criador. Ni tampoco hablamos de aquella unión que hay entre Dios y el alma sólo por consentimiento y conformidad de voluntad, porque ese es común á todos los que tienen la gracia espiritual, según que se escribe de aquellos primeros cristianos que, siendo muchos, eran una ánima y un corazón. Tratamos, empero, de otra más alta unión, que es cuando el ánima en este derretimiento se hace un espíritu con Dios, mediante el amor liquefactivo y excesivo de la contemplación extática, que por la demasiada suavidad y grandeza de la interior dulzura y vehemencia del amor resuelve y derrete el ánima y se cuela en Dios, y Dios se derrama en ella, y es hecho ánima suya que la vivifica y mueve. De esta unión, más crédito se ha de dar á los que la experimentaron que á los que la especulamos, porque ninguno alcanza estas cosas sino el que las recibe por experiencia ó revelación. Porque son de las secretísimas y profundas que si no se gustan no se aman, y si no se aman no se entienden. Mas si, como tratamos de la blandura del ánima, tratáramos de su du-

reza, muchos halláramos que nos dieran testimonio de ella, á los cuales amenaza el Espíritu Santo diciendo: *El corazón duro mal acabamiento tendrá, y mal le sucederá en sus postrimerías.* ¡Oh cuántas almas hallaríamos, no menos duras que lo estaba la de Paraón, ni con menos resistencia á los divinos mandamientos y consejos que ella! En las cuales ninguna impresión ni mella hacen las inspiraciones divinas. Esta dureza nace en el ánima, y se engendra, lo primero, por el pecado en que voluntariamente cae, y mediante el cual es apartada de Dios y le vuelve las espaldas, y vueltas entra en el profundo del menosprecio, adonde no se le da la gracia, sin la cual el corazón se endurece, y en esta dureza persevera hasta el Infierno, donde queda para siempre confirmado en ella. En este último y miserable estado, el alma queda sin remedio, y en otro cualquiera le tiene, entrando de por medio el divino amor, que tiene virtud de ablandar y derretir, como queda dicho.

Y tornando á nuestro propósito, aunque no sepamos cómo se haga esta liquefacción del ánima, podemos conjeturarla de lo que se hace en el hielo y en la cera reciente, puesta á los rayos del sol, adonde hay lo primero separación de las partes heterogéneas de las homogéneas; y, al contrario, llamo homogéneas las cosas cuyas partes son de una misma naturaleza con el todo, como se ve en los elementos, que cualquiera parte de agua es agua, y cualquiera parte de

fuego fuego, etc. Heterogéneas se dicen las cosas que son de diversas naturalezas, como los cuerpos de los animales, compuestos de huesos, nervios y carne; lo segundo, en la natural liquefacción ó derretimiento, lo que queda no se contiene debajo de propios términos, sino ajenos. Como se ve en la cera que, derretida, no hay detenerse en sí misma, sino en algún vaso de materia sólida; de manera que de su naturaleza tiende á correr y derramarse hasta hallar quien la detenga. Esto supuesto, se ha de notar que el amor tiene la naturaleza del cálido, que es congrega y unir las cosas homogéneas y separa las heterogéneas. Las cosas espirituales tienen homogeneidad ó similitud con las espirituales, y son muy desemejantes de las corporales y terrenas. De aquí es que, todo lo que en el hombre se halla espiritual ó divino, en cierta manera se aparta, mediante el amor vivífico, de todo aquello que es terrestre y corpóreo, y es hecha allí división del ánima y espíritu, esto es, de la espiritualidad, animalidad y sensualidad. Sepárese lo precioso de lo vil, y queda lo feculento ó impuro, que es de la porción inferior. Y porque Dios es espíritu, y la semejanza es causa de unión, queda claro el motivo; porque el espíritu racional así depurado, y sin las heces de las cosas corporales y terrenas, se une al espíritu divino, que es por estar hecho semejante á él: por esta separación de ánima y espíritu, esto es, de sensualidad y animalidad (que incluye en sí

cuerpo y ánima), y espíritu tomado por las potencias superiores de la misma ánima, según las cuales conviene con las substancias puramente espirituales y se une á Dios. Dijo San Pablo á los hebreos (1): *Viva es la palabra de Dios, esto es, Cristo, y más penetrante que la espada afilada y de dos cortes, porque llega á hacer división entre el ánima y el cuerpo.* Otra segunda causa hay de esta unión cuanto al cuerpo; porque el espíritu así asemejado á Dios, así calificado y aficionado por el amor, consiguientemente califica y dispone el propio cuerpo como á su formable ó material, por la redundancia del espíritu en él. Por lo cual sucede que el cuerpo así habituado y dispuesto se viste de ciertas propiedades y condiciones del mismo espíritu, desamparadas las propias, ó muy suspensas de su acción. Por lo cual dijo Aristóteles (2): « Que en el hombre que sirve á Dios y trata de virtud, todas las cosas exteriores é interiores hacen consonancia con la razón». Y así es que nuestro espíritu, atraído de Dios, consecutivamente trae á sí todas las cosas que son del cuerpo; de donde resultan dos maravillosas uniones, conviene á saber: del espíritu á Dios, y del cuerpo al espíritu.

Dijimos también, tratando de la liquefacción natural, que era propiedad suya no contenerse

(1) Hebr., 6, 4.

(2) In virtuoso omnia, consonant rationi.—Aristot.

sino en términos ajenos. Lo mismo pasa en el derretimiento espiritual y amoroso de que hablamos; porque nuestra ánima en sólo Dios (que es término suyo) halla descanso, á cuyo ejemplar está sellada, transformada, simplificada y unida. Porque es de tanta capacidad, que ninguna criatura basta para saciar su deseo. Fué criada para apetecer á Dios; con justa razón no le basta todo lo que no es Dios. Y como sea verdad que cualquier cosa tiene su quietud cuando ha alcanzado su perfección y está conjunta á ella, así es necesario que nuestro espíritu, ayuntado por perfecto amor á su sumo perfectible, que es Dios, en Él sólo se quiete, harte y establezca. Así se quieta la materia, alcanzada su forma; así la piedra puesta en su centro, y, finalmente, todas las cosas, alcanzado su fin, tienen descanso.

A esta liquefacción se sigue la penetración; que lo que se derrite penetra y cunde, como se ve en la cera y en el bálsamo caliente y derretido. No hay puerta cerrada para el amor; todo lo anda y penetra su agudeza. Entre los Evangelistas, tiene San Juan nombre de serafín enamorado, porque con extraña agudeza penetró el pecho y corazón de Cristo, y sacó las grandes riquezas del Evangelio (como dice San Agustín y lo canta la Iglesia); pues ¿cómo entró, no estando aún abierto con la dura lanza? Contemplando y amando. Sí; que el amor para todas partes halla paso y camino, y no descansa has-

ta que (como dijimos) llega á lo más íntimo de la cosa amada. No hay secreto que no alcance el *espíritu* enamorado, y *penetra hasta lo profundo y secreto de Dios* (1). No tendría yo por famoso ladrón, ni diestro en su arte, al que robase un castillo abierto por muchas partes y sin guardas; pero el que, estando cerrado y muy guardado, le escalase y abriese, ese sería ladrón sutil, diestro y de fama. ¿Qué mucho que Santo Tomás entrase en el pecho de Cristo y robase la fe y conocimiento de la divinidad, si le dan ventana y puertas abiertas y le convidan con la entrada? Nuestro San Juan, cerrado el pecho, entró y le salteó y robó. Es sutilísima ganzúa el amor; no hay puerta cerrada para él ni en el Cielo ni en la Tierra. Penetrando, pues, y escudriñando el espíritu enamorado los secretos del Amado, con la novedad de las cosas que allí contempla, con la dulcedumbre, hermosura y suavidad de que goza, sale de sí y padece éxtasis mental. Y aquí es donde tiene lugar la traslación hebrea que dice: *Anima mea exivit a me*. Como si dijera: fué tan grande el calor que recibí metida en aquella calera de fuego infinito, que no sólo me derretí, sino que fuí forzado á salirme del cuerpo y dejarlo sin sentido. Este es negocio muy místico y secretísimo, y que ningun-

(1) Spiritus omnia scrutatur etiam profunda Dei.—I Cor., 2.
Omne pretium vidit oculus ejus, profunda quoque fluviorum scrutatus est.—Job., 23.

no lo sabe sino el que lo recibe, ni lo recibe sino el que lo desea, ni lo desea sino aquel que el fuego del Espíritu Santo entrañablemente inflama. Por eso dice el Apóstol que esta ciencia es revelada, por lo cual tiene poco en ella la naturaleza, la industria, la inquisición, la lengua, las criaturas y la sabiduría humana. «Si alguno preguntare, dice San Buenaventura, cómo se hacen estas cosas, lo que se le debe responder es que lo pregunte á la gracia y no á la doctrina; al deseo y no al entendimiento; al gemido de la oración y no al estudio de la lección; al esposo y no al maestro teólogo; á Dios y no á los hombres; á la niebla ú obscuridad y no á la claridad; al fuego, que con ardentísimos afectos transforma al amante en el amado, y no á la luz». Ha de preceder muerte de todo lo que vive en el hombre (como diremos adelante) para llegar á tanto bien, porque escrito está: *no me verá el hombre si está vivo*.

